

ALGUNOS JUICIOS GLOBALES ACTUALES ACERCA DEL VALOR DE SU OBRA HISTÓRICA

DAVID MARTINO Y SIRO SANZ

RESUMEN

Se recogen aquí toda una serie de noticias, informes, y valoraciones de la obra de Martino, de la pluma de personas de algún modo cualificadas en el ámbito de la historia que de propósito, pero espontáneamente, han escrito sobre la reconstrucción histórica de E. Martino

ABSTRACT

We present here a collection of news, reports and assessments on Martino's work, due to people somehow qualified in the field of history who have written, on purpose but spontaneously, on E. Martino's historical reconstruction.

FRANCISCO BALLESTEROS VILLAR, *Ponga y Amieva. Historia y caminos antiguos*. Oviedo. 2000. pág. 56.

Con relación a la toponimia.

“En este sentido, Martino, que hace un trabajo de gran fuste dedicado a la importancia de los ríos para las vías de penetración humana y para sus asentamientos, con conclusiones valiosas sobre el origen de ciertos topónimos, siempre relacionados con el agua, prefiere asignarle el carácter de prerromano, llegando a determinar que Deva y Dobra son nombres más tardíos que Cares y Salia (17) lo que nos permite seguir afirmando la especial presencia indoeuropea precelta subsumida por la autóctona población megalítica“ (p.56).

NOTA. 17. EUTIMIO Martino: *En torno a los Picos de Europa. Nombres de agua, nombres de lugar*. 1996. p. 10.

“En la cuestión de estas etimologías, nos remitimos a los esclarecedores estudios de Martino (1) cuyas conclusiones admitimos y hacemos nuestras” (p. 66).

NOTA. “1. Eutimio Martino aclara y utiliza estos términos en su importante y deslumbradora obra: *Roma contra Cántabros y Astures. Nueva lectura de las fuentes...* Estudia con más detenimiento todo lo relacionado con las etimologías en: *Los nombres de la conquista. Los nombres históricos*. Editorial Celarayn. León 1987.”

Con relación a las múltiples versiones de la conquista romana de cántabros y astures.

“Las incongruencias en la localización de los escenarios de la guerra y la nada clara utilización de los topónimos, que conducían a conclusiones forzadas que repudiaba el sentido

de la lógica, no me satisfacían ni me cuadraban con mi conocimiento del terreno. Hasta que un día llegó a mis manos la obra de Eutimio Martino, la cual me resultó deslumbradora: todas las dudas quedaron resueltas, los puntos oscuros resultaron esclarecidos, las incertidumbres encontraron adecuada respuesta. La impresión que sentí fue semejante a la que se recibe cuando, en un día velado por densos nubarrones y cenizosa niebla, sale, de pronto, el sol, esplendoroso y radiante, que consigue dar plena visibilidad y brillante luz a todo cuanto estaba velado y cubierto. Los objetos y la naturaleza adquieren por fin los perfiles exactos de su realidad. Tal parece que se ha producido una gratificante y satisfactoria recreación. Haciendo alarde de un admirable conocimiento topográfico y toponímico de los parajes afectados, Martino expone su interpretación con absoluto respeto a las fuentes romanas, acomodándose al mismo tiempo a la más estricta lógica. Porque hay que señalar que todos los demás historiadores, cuya valía no discutimos, suelen utilizar esas fuentes de manera muy imprecisa; y cuando sus particulares conclusiones llegan a mostrar evidente disparidad con lo dicho por los historiadores romanos, se justifican diciendo que estos estaban equivocados y que no podían conocer con exactitud los detalles de la realidad geográfica de la cordillera cantábrica. Nunca se les ocurrió pensar en la posibilidad de que el yerro fuera de ellos.

Ante todo cuanto estoy exponiendo, es altamente llamativo el hecho que igualmente he constatado, en el sentido de que en la gran mayoría de las obras divulgativas de este período histórico se hace cita de los diferentes autores, de sus variadas opiniones y de la diversidad de enfoques, pero silenciando la aportación de Martino. ¿Por qué esta ley del silencio, tanto más significativa por tratarse de una tesis mucho más acomodada que las otras a las fuentes romanas y bastante más aceptable? No encuentro explicación racional a este comportamiento tan poco riguroso y científico”.

Consecuentemente con lo dicho, por nuestra parte vamos a atenernos a la interpretación de Martino, aportando en algunos casos nuevos datos y particulares opiniones que la ratifican. Por ello no es de extrañar que la cita de este autor sea constante en el presente capítulo (p. 87-88).

“Frente a tal dispersión de versiones, creemos que la verdadera solución se encuentra en la lectura fiel de las fuentes, procurando la mayor acomodación posible e investigando las posibilidades que ofrece este nuevo y distinto enfoque de la cuestión. Esto ha hecho Martino tras muchos años de intenso trabajo, y ha logrado la reconstrucción íntegra de las guerras cantábricas de los años 26 y 25 a. C. en íntimas y directas adecuación y correlación con las fuentes romanas. A sus trabajos me remito y expongo a continuación un resumen de sus resultados....” (p. 96).

En relación con el descubrimiento de Bérvida:

“Martino, con grandes dotes de investigador riguroso y tenaz y de conocedor experimentado de dicha zona montañosa, nos da la respuesta clarificadora...” (p. 98).

EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA, *De Montañas y hombres*. Colección Austral. Espasa Calpe, S. A. Madrid 1998. Págs. 114-118.

“En un viaje primaveral a Liébana, el hermoso valle entre la Cordillera Cantábrica y los Picos de Europa, me cruzo, aunque sin encontrarle, con Eutimio Martino, que llega para uno de sus habituales y concienzudos trabajos de campo. Me envía por un amigo su último libro, el tercero ya, sobre la guerra de Roma contra cántabros y astures que tiene por título: “Los nombres de la conquista. II. Términos militares”. Santander. 1989. Me acuesto tarde esa noche para poder concluir su lectura de un golpe.

Martino, profesor de la Universidad de Comillas, lleva varios años dedicado al estudio y la comprensión de ese suceso, con una constancia, una acumulación de saberes (históricos, lingüísticos, arqueológicos, geográficos) y una agudeza interpretativa, que fuerzan a la admiración. (Es claro que carezco de cualquier título para enjuiciar su obra, de alta especialización)... En este tercer libro Martino persigue la huella de la conquista en la toponimia, sobre la base de un completo conocimiento del terreno, del dominio de las técnicas militares romanas, de la continuidad de los nombres de lugares y pagos en los cartularios medievales, editados o inéditos, de un uso depurado de la lingüística, de restos arqueológicos, sobre todo de calzadas y caminos, cuya exposición sistemática, que causará asombro, será objeto de un cuarto volumen, que esperamos ansiosos sus lectores.

Martino sugiere –y resulta emocionante imaginarlo- que “el entrañable arraigo de que goza en la región el culto de la Virgen de la Luz, se nutre, quizá, último término, de aquella hecatombe sufrida el año 22 antes de Cristo por los últimos defensores del Monte Medullio...”

VARIOS AUTORES, HISTORIA DE ASTURIAS. Oviedo 1990. I.

C. FERNÁNDEZ OCHOA, *Roma y la Conquista del Norte peninsular*. Pág. 139.

III. DIVERSIDAD DE ENFOQUES SOBRE LAS GUERRAS CÁNTABRAS EN LA HISTORIOGRAFÍA CONTEMPORÁNEA .

“No quedaría completa esta relación de autores sin aludir a los trabajos de E. Martino recientemente publicados. Este investigador basa sus conclusiones en la identificación de los términos geográficos contenidos en las fuentes. Mediante un estudio de microtoponimia, propone enfoques nuevos, como identificar Bergidum con Burón, o el Mons Medullius con Peña Sagra.” (p. 141).

D. JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, CATEDRÁTICO DE HISTORIA ANTIGUA DE LA UNIVERSIDAD COMPLUTENSE Y DIRECTOR DEL INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUEOLOGÍA DEL C.S.I.C. Madrid.

“Informa que el trabajo que lleva a cabo Don Eutimio Martino Redondo sobre el escenario de la guerra cántabra es de un interés excepcional por el hecho de que viene a corregir las hipótesis precedentes, incapaces de resolver el problema de fondo, para lo cual se basa en el conocimiento del terreno. Incluida la toponimia en su forma actual y en la documentación medieval, conectando así con los topónimos, aún no satisfactoriamente identificados, que figuran en las fuentes antiguas. El acierto de la extraordinaria identificación por él conseguida es garantía del éxito con que habrá de realizar también el último extremo de su trabajo titulado “Atlas de la guerra cántabra” Este ha de consistir, como el nombre expresa, en la descripción gráfica del escenario por él descubierto, así como de los elocuentes vestigios materiales de la conquista romana todavía presentes, aunque totalmente desconocidos “.

Madrid, 19 de febrero de 1980.

J. M. Blázquez

D. GONZALO MARTÍNEZ DÍEZ, Catedrático de la Universidad de Valladolid, declara conocer los trabajos, ya parcialmente realizados, así como todo el plan de investigación propuesto por D. Eutimio Martino respecto al debatido tema del teatro geográfico de las guerras cántabras.

El tema y los trabajos propuestos resultan de alto interés histórico y de gran utilidad para la investigación histórica, se hallan muy bien orientados y planeados, y su resultado positivo y esclarecedor para situar correctamente las campañas de la guerra cantábrica es totalmente seguro. Abrirán con toda certeza nuevas vías al conocimiento de la Cantabria histórica y verdadera y llegarán a constituir un auténtico Atlas de la guerra cántabra.

Valladolid, 23 de febrero de 1980.

Gonzalo Martínez D.

MANUEL REVUELTA, S.I., Catedrático de Historia de la Universidad Comillas. Madrid.

“El P. Sierra me trajo tu delicioso libro cervantino y la amplia entrevista que te hicieron. Te agradezco especialmente la dedicatoria a este viejo colega “que suele gustar de mis ‘divagaciones’ amistosamente.” Que me encantan tus escritos es bien cierto. Pero no son divagaciones, sino investigaciones hechas con entusiasmo y cabeza, con conocimiento directo no solo de las fuentes escritas, sino de las tradiciones orales y del terreno que recorres palmo a palmo.

De ese modo replanteas las visiones estereotipadas de la historia convencional, en la que, como dices en la entrevista, se copian unos a otros y ya está. Tú en cambio te lanzas a tumba abierta. Las hipótesis que, en principio, parecen ocurrencias, se convierten en explicaciones muy serias, que hay que tener en cuenta. Lo has hecho con la guerra cántabra, con la reconquista, y ahora con este mosaico del Cervantes leonés, más aún, de Oseja de Sajambre. Lo que parece una humorada resulta un mosaico de piezas que no parecen fruto del azar, sino fragmentos de un estrato histórico. Leí el libro hace unos meses, pues oí hablar de él y me interesó. Creo que me lo prestó Escalera, y me parece que lo leí durante el viaje que hice a Santiago en el mes de abril. Lo leí de pe a pa y me interesó muchísimo. Es una filigrana como todo lo que escribes. Demuestras, como siempre, un culturón histórico y literario de fondo, añades las puntualizaciones locales concretas (tradiciones orales, datos arqueológicos y tienes pluma, como tu paisano el judío Cervantes ¿Por qué no?... Tú también reconoces que no hay datos documentales. Pero los indicios son expresivos y coincidentes. No es poco. Por tanto, clama, “tus teorías causan revuelo, pero nadie las desmonta”.

e-mail: 4 septiembre 2010: <martino@jesuitasleon.es.

CIPRIANO GUTIÉRREZ PARDO, Profesor de Filología Latina. Instituto P. Isla. León.

Extracto de la obra *Superación*. Zamora 2014. p. 58-69.

“Pero aún más satisfactoria que aquellas escaladas y paisajes fue el acompañamiento del que disfruté en otras salidas, para mí de enorme interés cultural o histórico.

Muchos años después de aquellos tan gozosos en el Colegio de la costa adonde me

enviasteis de joven y adonde tú me escribías con tanta asiduidad, yo volví a encontrarme con uno de mis profesores más estimados de aquel colegio. Él se dedicaba ahora a la investigación de la conquista romana en el Norte de España, aunque su autoría polifacética se distinguía sobre todo por la interpretación pionera de nombres antiguos anteriores al latín, que perduran en el léxico popular y que vemos en sus publicaciones de bella expresión literaria. A su ciencia unía un gran humanismo y simpatía, de modo que aquellas salidas eran tan reconfortantes para mí que no perdí ninguna de sus invitaciones por costosas e inoportunas que pareciesen. Caminábamos por desgastadas calzadas romanas, descubríamos posibles campamentos o asentamientos de conquista, gozábamos con la solidez de los puentes romanos sobre ríos y riachuelos, con los molinos antiguos, fuentes romanas o torres desmoronadas, en seguimiento de posibles huellas de las legiones. Todo se avalaba con textos de autores latinos, que escribieron sobre esta conquista o con los nombres de lugar, que aún persistían. Solo te voy a narrar alguna de aquellas incursiones entre montañas y valles, olfateando estas huellas.

Como en otras ocasiones, salimos a primera hora de aquel día primaveral en el “todo-terreno”, que él conducía seguro, para llegar al lugar escogido y recorrerlo en toda su amplitud, antes de que la noche se nos echara encima, como frecuentemente ocurría.

En el trayecto de ida programaríamos el lugar prefijado y comentaríamos a la vuelta las impresiones vividas. Él tendría siempre la última palabra en estos temas, pues bien decía que los tenía muy trabajados.

Así que hoy llegaremos a la montaña de Valdeburón, le pregunté cuando salíamos. ¿Allí es donde tú situas la primera gran batalla del ejército romano en la conquista de Cantabria?

Sí, así lo dice el historiador Floro: “Por primera vez se luchó contra los cántabros bajo las murallas de Bérvida”

Pero ¿Bérvida no la sitúan otros historiadores en El Bierzo?

Ahí está mi novedad, que yo he mantenido con sólidas razones en mi nueva lectura de las fuentes históricas. Interpretando correctamente a los autores latinos, que escribieron sobre la historia romana, yo situé a Bérvida enfrente del actual Burón, sobre la entrada al valle de San Pelayo. Allí nos dirigimos hoy. Verás restos inequívocos del castro en que se hallaba. Restos muy difuminados, pues la costumbre romana era destruir las ciudades conquistadas. Pero sobre todo serán determinantes los nombres de la zona, su toponimia. El nombre de Bérvida se ha conservado hasta nosotros en el compuesto y derivado Valberga, que proviene de Val Bérvida y designa la vega de la margen derecha del río Esla, desde el riachuelo de San Pelayo hasta Liegos.

Las murallas de Bérvida, bajo las que combatieron los cántabros y los romanos según el historiador Floro, arrasadas ahora, quizás las verás resurgir de nuevo, si interpretas bien los documentos históricos, los nombres del lugar y los restos que hoy pisaremos.

Floro habla de Bérvida, pero me parece haber leído en Orosio que los cántabros habían trabado ese gran combate bajo las murallas no de Bérvida, sino de Attica.

Eso dice ese otro historiador, pero es fácil entender la diversidad, que no contradicción, entre uno y otro. La expresión “bajo las murallas de Attica” pudo referirse al castro asentado sobre la Peña de la Magdalena, al otro lado del río Esla, junto al actual Burón, y posible fuerte primitivo con restos de muralla en la actualidad. Este castro también domina la llanura de Valberga, en la que se desarrolló la batalla.

Según una antigua tradición, en este lugar moraban dos pueblos diferentes, uno a cada lado del río, que solían combatirse a muerte, y que al fin lograron convivir pacíficamente. Podrían ser sus castros los de Bérvida y de Attica respectivamente.

El nombre de Bérvida parece avalado por el topónimo de ese lugar, pero ¿el de Attica?

Ten en cuenta que en esta región nace el río Astura, nombre de dos hidrónimos, “asta” y “ur” (Astura). Existen otros nombres hidrónimos y algún río incluso que se llama Asta (corriente de agua). El sufijo *-ico, -ica*, es muy corriente en Cantabria. Así que resultaría fácilmente un *Astica, propenso a confundirse con “Attica”, que cuadraría perfectamente con el significado del castro de la Peña de la Magdalena, la “ribereña”, que flanquea el Astura-Esla, justo enfrente de Bérvida.

Y así, sobre la marcha, yo recibía la lección teórica del lugar que íbamos a explorar aquel día. Ya solo faltaba la lección práctica, sobre el terreno. Nos quedaba por hacer el trabajo de campo y ya estábamos disfrutando con su cercanía.

Sobrepasamos el inmenso pantano de Riaño por su largo viaducto actual, y, dejando atrás el nuevo pueblo, a la vera del antiguo, ya sumergido, giramos en dirección norte para bordear la cola del pantano, girar de nuevo a la izquierda y divisar de seguido nuestro centro de operaciones.

¡Qué cuadro panorámico el que se podía dominar desde el otero de Torteros sobre todo este valle de Valberga! La cota de Tresguerras en primer término, la colina del Bedular al pie de la Peña del Castiello. Un poco a la derecha, la sombra de la muralla nororiental de Bérvida, y enfrente, el pueblo de Burón con la Peña de la Magdalena a su derecha. Todo esto queríamos recorrer en este día.

Y es precisamente por este Castro de la Magdalena por donde nuestro investigador quiso empezar la visita a este complejo histórico, ya comentado en el viaje.

Desde el alto de Ricabiello, enfrente del castro, se pueden advertir sus tres colinas calcáreas, separadas por dos aberturas. La de la izquierda lleva al Valle de Mirva, por donde se cree que huyeron los vencidos cántabros buscando refugio en el Monte Vindio. La más angosta de la derecha es el único acceso al interior del castro. Entramos por aquí y observamos una hilera de cuevas con espacio exterior de peñascos, residuos de un posible muro de protección. Restos de muralla también en otros ángulos delataban que había sido un castro fortificado para defenderse de posibles ataques. En el interior, un amplio espacio reverdecido que abrazaban como en un regazo las peñas de esta segunda colina de La Magdalena. Su visión nos transportaba a los momentos difíciles de aquellos cántabros que, sorprendidos por el ímpetu de las legiones, huyeron con presura a refugiarse en el Monte Vindio por el camino más corto, el valle de Mirva.

Después de tomar unas cuantas fotografías con su máquina alemana y de recoger algunas muestras de cerámica, encontradas dentro de las cuevas de la entrada, vimos también dentro del recinto un relieve arropado por la sedimentación, que pudo ser en su día un pequeño depósito de algún hilillo de agua allí aprovisionada. Otro lienzo de muralla, de pura mampostería, cerraba el flanco Norte, como castillo de emergencia. Y visto lo visto, nos afianzamos en la idea de que esta peña pudo ser muy bien el castro prehistórico llamado Astica, como el río que la circunda, que evoluciona en Attica, como se lee en el historiador Orosio.

A continuación bajamos otra vez al valle, donde nos pareció oportuno interrumpir nuestra labor indagatoria con un breve descanso en el pueblo de Burón....

Por el centro de la vega y por el camino destacado con hitos propios de la histórica Carrera de Valberga, llegamos al talud de Bérvida con la supuesta muralla en el tramo siguiente. Al fondo norte Solasierra, con sus tres picos constituía el respaldo y muralla natural de Bérvida, aunque lejana. La loma que baja de Solasierra a la confluencia del Esla y el Valberga cierra por el sur la superficie llana del castro. Esta se puede calcular en unos cinco kms de perímetro; 3 en

la ribera del Esla y 2 en la del río San Pelayo o Valberga.

Es aquí donde nos detenemos para que un buen dibujante de nuestra expedición diseñe una reconstrucción ideal de lo que sería esta muralla oriental con la estratégica clavícula de entrada al castro. Aunque solo quedan los muñones de esta, el apunte nos mostraba lo que podía significar para el castro esta entrada en clavícula, con una pared exterior paralela a la interior, formando un callejón que impedía la entrada directa. De este modo no se podía entrar directamente arrojando el arma, sino de lado y exponiendo los costados a los defensores.

Frente por frente de esta entrada se levanta la Peña del Castiello “a boca del Valle de Valberga”, que subiríamos a continuación para tirar desde allí algunas fotos del conjunto visitado.

Siguiendo el vetusto muro sobreviviente hacia el sur, divisamos de lejos, al otro lado del río Valberga el montículo boscoso de El Bedular, con numerosos cortes transversales y un camino que lo ciñe hasta la cumbre, datos significativos en una referencia militar. Tal vez fuera una posición intermedia entre Bérvida y la Peña del Castiello. Nosotros elegimos el camino bifurcado a la derecha, pasado el puente sobre el Valberga, cerca ya de su confluencia con el Esla. Por él subimos a la Peña del Castiello, magnífico mirador y puesto de guardia inmejorable para toda la zona. Con nuestros prismáticos pudimos avistar minuciosamente desde arriba nuestro anterior recorrido:

A nuestros pies, y tras el puente que habíamos pasado al venir, vemos el espolón de la terraza del castro buscado, situado frente a la horquilla de la confluencia de los ríos. Siguiendo el camino de hitos por donde habíamos venido, contemplamos ahora a su izquierda el castro en toda su extensión de 5 km de perímetro, al pie de Solasierra. Al norte de ella se tiende la vega de Liegos, llana como Valberga y no menos dilatada. Se la podría incluir también en la frase “Bajo las murallas de Bérvida se luchó por primera vez contra los cántabros”.

Vemos desde aquí todo lo que sería el campo de esta batalla, donde habría acampado previamente el romano. Vemos el actual pueblo de Burón, entre el castro de Bérvida por una parte –arrasado según la costumbre romana después de ser conquistado- y el castro de La Magdalena por la otra, también desmantelado. Comprendemos mejor ahora las dos versiones de la batalla “bajo las murallas de Bérvida” o “bajo las murallas de Attica”. Y qué bien cuadra que sea este el lugar de la gran batalla, y no otros que se divulgan, por el dato que aportaron los que escribieron que “vencidos los cántabros en Bérvida, se refugiaron inmediatamente en el Monte Vindio” en Picos de Europa, cercanos a este lugar.

A mí me tuvieron que sacudir con voces de alerta, al quedar ensimismado con la historia reconstruida por nuestro experto profesor y prendido también por la belleza del paisaje, con luz de atardecer y montañas aún nevadas al norte de este escenario de Valberga.

Emprendimos el regreso por el camino andado, mirando ahora a la izquierda a nuestra Bérvida, hasta llegar a Burón, donde habíamos aparcado el “Suzuki”, que nos devolvería a nuestra ciudad.

En el camino tuvimos tiempo para comentar los hallazgos y emociones de la jornada. Esta fue repleta de sorpresas y comentarios. Pero parecidas o mejores fueron todas las otras salidas “investigatorias” que tuve la suerte de compartir con este gran maestro en humanidad y sabiduría.

O. c., p. 58-69.

JUAN PEDRO APARICIO, recensión de “Roma contra cántabros y astures.”, en *León. Revista de la Casa de León. Madrid. Otoño-Invierno* 1982. pp. 86-88.

El pasado 21 de agosto tuvo lugar en Santander la presentación del libro “*Roma contra cántabros y astures*” del leonés Eutimio Martino. El acto se celebró en el palacio de La Magdalena y fue presidido por el excelentísimo señor vicerrector de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, don Pablo Lucas Verdú.

La presentación corrió a cargo de Juan Pedro Aparicio, cuyas palabras, por lo que suponen de valoración de tan importante trabajo, traemos a nuestras páginas.

Tiene este libro una historia y una prehistoria. Y quizá por eso, por esas raíces tan remotas, pienso que ha de constituir el último eslabón, el que cierre de modo definitivo, si es que tal cosa es posible en materia de historia, la cadena investigadora en torno al tema. La prehistoria del libro yo la veo, por supuesto, muy lejos del autor, en esa dificultad que ha tenido siempre la región cántabra para reconocerse a sí misma para identificarse.

El vocablo “cántabro”, tan eufónico, con connotaciones de bravura, de ímpetu y generosidad, ha sido codiciado hasta por los vascos, lo que ya es decir. Allá en la Crónica General del Rey Sabio se situaba Cantabria al norte de la Rioja, por tierras de Navarra..., desde entonces la localización de Cantabria ha sido todo menos fácil.

La tesis que identifica a Cantabria con el País Vasco permanece indiscutible hasta que en el 1683 se publica el libro del escritor aragonés Jerónimo de Zurita *Cantabria. Descripción de sus verdaderos límites*.

Todo el siglo XVII conoce una defensa apasionada de la tesis vasco-cántabra. Antonio Navarro Larramendi es su principal campeón hasta que el padre Henao coge el testigo con inusitada fuerza publicando en Salamanca (1689) *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria enderezadas principalmente a descubrir las de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava, provincias contenidas en ella*.

La polémica es apasionada, una reyerta, en verdad, que traspasa los siglos y enfrenta a autores de una generación con los de la anterior, habiendo en muchos de los casos, muerto ya uno o todos los autores en litigio antes de que sus obras, siempre de réplica o de dúplica, viesan la luz.

Al padre Flórez se debe en gran medida el triunfo de la tesis que reduce la antigua Cantabria a la provincia de Santander. Su trabajo, publicado en el 1768, es de una evidencia apabullante: *La Cantabria. Disertación sobre el sitio y extensión que tuvo en tiempo de los romanos la región de los cántabros*.

Pero no fue suficiente para derrotar a los vascos. Así José Hipólito de Ozaeta responde a Flórez en 1779 con su curiosísimo *La Cantabria vindicada y demostrada según la extensión que tuvo en diferentes tiempos*.

Pero ya Flórez había muerto seis años antes y la dúplica en este caso correspondió al Padre Risco: *Henrique Flórez, vindicado del vindicador de la Cantabria Don Hipólito de Ozaeta y Gallaztegui*.

Y es entonces Ozaeta quien muerto, ya no puede contestar. Su sobrino, el alavés Joaquín José de Landázuri, se encargará de ello: *El vindicador de la Cantabria don José de Ozaeta y Gallaztegui, vindicado del R. P. M. F. Henrique Flórez, y del P. M. F. Risco del Orden de San Agustín. Carta dirigida y dedicada al Excmo. Sr. Duque de Medina de Rioseco, Marqués de Malpica, Grande de España. Por Don Juachin Joseph de Landázuri Romarate, sobrino del vindicador*.

Digamos que es éste el capítulo final de la contienda, que la tesis vasco-cántabra no hace más que agonizar desde los tiempos de Flórez. Aunque todavía en el año 1785 el conde de Floridablanca, en su división del estado español en ocho grandes regiones, somete la región de Cantabria a la fascinación de los vascos al considerarla integrada por las siguientes ocho provincias: Álava, Encartaciones de Vizcaya, Reino de Navarra, Guipúzcoa y Señorío de Vizcaya.

La historia que sigue es bien sabida. En el “Boletín Oficial del Estado” ha quedado recogida la identificación de Cantabria con la provincia de Santander. Pero ¿se ha despejado con ello todas las incógnitas?

González Echegaray apunta lo mucho que les debe Cantabria a tres grandes personalidades de nuestro siglo: Adolf Schulten, el moderno historiador de la guerra contra Roma; Jesús Carballo, el fundador de Museo de Prehistoria de Santander, y Antonio García y Bellido, el excavador de Julióbriga.

Pues bien, precisamente con el libro de Schulten entiendo yo que acaba la prehistoria de nuestro libro y empieza su historia. Si el recuerdo de los cántabros ha traspasado los siglos se debe en muy principalísima manera a los textos que de su guerra contra Roma redactaron Floro y Orosio, textos que son, a su vez, un resumen, de casi insignificante extensión, de los más completos de Tito Livio que se perdieron.

En ellos se habla del escenario de la guerra, se habla del monte Vindio y del monte Medullio, de Bergida y del Miño. Y aquí surge de nuevo la dificultad, otra vez un duende parece que quisiera confundirnos y unas veces hace que Cantabria sea tan grande que abarca desde Santander a Galicia, mientras que otras parece quedar reducida a una sola montaña.

De tamaña confusión han surgido dos escuelas. La anglosajona o de Magie-Syme, que, al no encontrar una Bérvida cántabra -esa ciudad en la que son derrotados los cántabros antes de refugiarse en el Vindio- acepta la corrección de Bergida por Vellica y lleva al monte Medulio a Galicia. Y la alemana, que, impulsada por Schulten, pone Bergida en el Bierzo y lleva todavía más lejos al monte Medulio, hacia la desembocadura del Miño.

El caos no pudo ser mayor. La desesperanza de encontrar una luz domina a los especialistas. Se repiten las tesis y las tesinas sin una sola aportación original. Quien no sigue a Schulten, sigue a Magie-Syme o sigue a los tres a la vez. En el río revuelto de la confusión los torpes ganan y hay ya una industria de lo cántabro. Así, desgraciadamente, habiendo llegado a delimitar los términos geográficos de una región que se hizo famosa precisamente por su guerra contra Roma, parece imposible la localización de esa misma guerra. Y aquí interviene el padre Martino y lo hace al modo que no estamos acostumbrados en España, como un Matamoros de la Investigación, que, a lomos de su honradez, su dedicación y su extraordinaria capacitación científica, sin ayuda de nadie, de espaldas a nuestras autoridades académicas, produce el milagro.

Pero los milagros tienen siempre una explicación. Quizá la del Padre Martino sea que ha nacido en el hondón montañoso de Oseja, en el corazón de los Picos de Europa, donde cada peña tiene su nombre, y la naturaleza se individualiza en cada una de sus manifestaciones; donde solo cabe ceñirse a lo concreto, permanecer en lo hondo, en lo hermético; o salir, escapar hacia perspectivas de universalidad, para desde ellas realizar la síntesis que permita volver a lo concreto y entenderlo.

El padre Martino ha estudiado filosofía en Comillas. Teología en Alemania. Ampliando estudios en Inglaterra y Francia. Se ha doctorado en la obra de Aristóteles. Es historiador de la Montaña de Valdeburón y profesor en Comillas, cuya cátedra de latín abandona para dedicarse a investigar el tema que nos ocupa.

Está claro, pues, que el padre Martino no es un zahorí, es un sabio. Lástima que su nombre no sea exótico, no sea, por ejemplo, Martinov; seguro que entonces, por lo menos, si no reconocido en todo su inmenso valor, crearía su propia escuela, una tercera, que, por supuesto, no dañase a esa industria de los torpes y de la torpeza. Y es que al libro del padre Martino le conviene el exotismo porque, por cualquier lado que se le mire, parece la obra de un hispanista, una obra hecha con medios, con respeto, con tiempo, con conocimiento geográfico, lo que no es una entelequia sino que significa conocimiento del terreno. El padre Martino es un lingüista y en vez de interpretar a Schulten o a Magie ha preferido interpretar a Floro, ha preferido interpretar directamente a las fuentes.

Yo, tras la lectura de de este *Roma contra cántabros y astures*, he recibido la impresión relajada y fascinante a la vez de quien ha leído una teoría capaz de explicar las leyes que rigen un universo considerado hasta entonces como caótico. Hay en él una colocación exacta de las piezas del rompecabezas disperso, las fuentes se acomodan al escenario y la lógica preside todo el acuerdo.

Repito que no sé cómo se recibirá al libro. Yo tengo por seguro que ha de acabar con la industria de los cántabros y por ahí ha de venirle su mayor peligro. Este es un país de maestros y capillas y ni siquiera sus más grandes hombres se libran de su influencia o son ajenos a su existencia.

Al recuerdo me viene el comentario que hace García Gómez en su libro *El siglo XI en primera persona*. Cuenta García Gómez que, convencido Levy Provenzal de que cualquier historia de este siglo había de girar en torno a Alfonso VI, y no en torno al dudoso e improbable, pero legendario, Cid, esperaba la muerte de Menéndez Pidal para elaborar su trabajo, cuando murió él antes que el anciano maestro. ¿Qué ocurrirá cuando desaparezca Claudio Sánchez Albornoz? ¿Cuántos trabajos de investigación sobre ese hiperdemostrado desierto del Duero no esperan para ver la luz a que el desgraciado evento se produzca? A este respecto hay en este libro una maravillosa hipótesis: la Tierra de Campos como Tierra de Campamentos, de los campamentos de invierno romanos...

Hipótesis y también sugerencias, de las que, por cierto, el libro es riquísimo. Para terminar diré que a mí, durante su lectura, se me ocurrieron a millares. He aquí una: ¿por qué el pueblo cántabro, como en general el pueblo ibero, encuentra su máxima expresión heroica en la autodestrucción? ¿Es eso bueno o malo? ¿No es acaso expresión de una cierta incapacidad, de un retrogradismo? ¿O es justamente lo contrario, la exaltación máxima de lo humano? Otra: la matizada escisión posterior del pueblo cántabro como pilar de dos construcciones posteriores y distintas: Castilla y León. Otra: los cántabros tenían su espalda en el mar, eran solo montañeses, luego se harán marineros, enriquecerán su vida...

Y tantas y tantas, que no puedo por menos de recomendar encarecidamente a todos Vds. su lectura. Seguro estoy que me lo agradecerán.

Gabriel FERRERAS ESTRADA, especialista en Derecho e historia, “Roma y cierra, Iberia. Comentario al libro de Eutimio Martino *Roma contra Cántabros y Astures*, (trabajo inédito)

1. La Sorpresa.

Trataba de explicarme yo mi reacción, cuando, hace unos años, al producirse un inesperado encuentro con la épica de aquellas batallas entre romanos y cántabros-astures

que señalaron el albor de la romanización de Iberia, experimenté un fisiológico subidón de adrenalina patrioter. Hay que añadir que la épica no era lo chocante, saber lo sabíamos; lo chocante era la épica en discurso científico, cernida en ciencia, en género de historia, algo que me cogía descolocado. Por eso, no me pareció lo propio buscarle explicación en una sacudida de sentimientos primarios que dejan al descubierto, a lo peor, nuestro esqueleto ultramontano. Lo que tuvo de sorpresivo esa reacción responde a otro tipo de inflexión que tiene que ver con una especie de vergüenza intelectual. De repente me enteraba yo, que no tenía de aquellas gestas sino la vaga idea de las bravatas del maestrescuela del cole, de que de aquellas guerras se hacía historia, ciencia, eran de verdad y no solo un rescoldo del recuerdo, un cuento o casi, de una pérdida infancia. Eso fue lo que me sacudió. Haber ido dejando de mayor en el olvido unos sucesos históricos que no ha habido razón para licenciar, haberme quedado en la idiocia de una infantil idea de saberlos, sentirme ajeno, desconcernido. Esta es la vergüenza de la que hablo; el rubor que se siente cuando te hablan de ti mismo y no sabes de qué va, porque has perdido tu estrella, has olvidado que existes y en qué galaxia estás. Porque, confesaré, muchos de aquellos montes, parajes o poblados en que habían tenido lugar o habían sido merodeados por el acaecer de los épicos sucesos, - Cistierna, valle del Esla, Peña Corada, Riaño, Sotres, garganta del Cares, puertos del Pontón y de San Glorio, Liébana, Fontibre, sin excluir por otro lado las Médulas, El Bierzo- yo los había pateado en diversos momentos y circunstancias en la más absoluta inopia, apostillaría ahora, sacrilegamente. Y es que mi inicial sorpresa empezó por ahí, por los lugares, porque te impacta para empezar lo que entra por los ojos y porque entraban por los ojos aquellos parajes y paisajes rebotando de lo vulgar al mito, de lo etéreo a lo terrestre; quebradas, altozanos, ríos, caminos y montes de casi mi entorno, trillados en el ir y del venir de mis andares, convertidos, porque sí, bajo mis pies, en heroicos y mágicos sitios de la historia. Demasiado, demasiado honor y demasiado bochorno.

2. Eutimio Martino y su empeño.

La culpa de todo era debida a un libro, “*Roma contra Cántabros y Astures*”, (núm 33, Breviarios de la Calle del Pez, Instituto Leonés de Cultura, León 2002), y a su autor, Eutimio Martino (EM), señor que había tenido la osadía de meterle el diente al asunto suscitando la atención ante una cuestión dormida, y que lo hacía con una aportación de soluciones distintas, dislocantes, que trastocaban las coordenadas del escenario geográfico de los sucesos, que inventariaban un mapa de los episodios del revés, inédito. Aunque, eso sí, currado y bien currado empeño mediante un pertinaz periplo de interlocución y entente, de tú a tú, con los propios territorios. Me acababa de dedicar su autor el libro después del mutuo conocimiento en León, un buen día de los años dos mil, y lo hojeaba yo por primera vez, al día siguiente, en el tren de regreso a Murcia. Eutimio Martino escribió este libro como un sueño, -es lo que él dice-, un sueño, digamos del hijo que era de una aldea acodada en un costal de la Peña Santa, Vierdes de Sajambre, lugar en el que resonaban como remembranzas de un pasado muy lejano, a la luz de la brasa de roble, en seranos de embrujo, los ecos de algo extraordinario que había pasado por allí cuando aquello de los romanos, algo que, y eso era ya más que ensoñación, había rasgado la piel y malherido el terruño montañés en el que había nacido. Allí estaban las cicatrices. De ahí las preguntas que se hacían. Antiguo profesor de la Universidad de Comillas, latinista empedernido, filólogo y filósofo más tarde, jesuita de orden y devoción, a EM le había llegado su jubilación, tenía todo el tiempo del mundo, de modo que armado de un Suzuki a su medida, con fe de cabrero montañés, comenzó a rastrear los andurriales de aquel empíreo lugar que le parió, los Picos de Europa. Persiguiendo y descifrando las trazas, rastros y huellas del pasado siniestradas

por el cuerpo terrenal de la montaña; soñando él mismo los sueños nebulosos de su gente, para releer sus quimeras, conjurar sus fantasmas, saber qué pasó y cómo, y dónde.

3. Fuentes, hipótesis, método.

Y ese fue el derrotero que como método de trabajo se marcó desde un principio, entre otras razones porque no podía ser otro. Recurrencia a las fuentes accesorias, sin empacho, sin el menor sonrojo, empecinadamente. Nada que hacer respecto de la realización de excavaciones, labor experimental definitiva y esencial en este género de indagación, por más que lo susurró y lo insinuó. Ninguna respuesta. Aunque siempre es bueno insistir, como él lo hizo, en su recordatorio, a saber, para quien corresponda. Por otro lado, los textos latinos de que se dispone como fuentes son muy reducidos y se limitan a muy breves relatos. Esta es la forma en que se nos transmiten, y ante eso nada hay que hacer, amén de estar agradecidos. No se dispone de la fuente mayor, Tito Livio; los demás beben en ella y la subsumen. (Floro, s. I y II; Dión Casio, s. II y III; Orosio, s. IV-V). En cuanto a la atención y tratamiento historiográfico dado al tema, como presupuesto de partida y acopio erudicional ahí están los trabajos de Magie-Syme (*The Conquest of de North-West Spain*), pero sobre todo el de Schulten (*Los cántabros astures y su guerra con Roma*, 1943), recogido en la Historia de España II, de Menéndez Pidal, prestigioso arqueólogo que participó en las excavaciones de Numancia y Tartesos. No está de más decir que el prestigio de Schulten ha tenido un efecto más bien contradictorio porque ha conducido a dar por cerrada la cuestión, antes que a abrirla, entendiéndose zanjada. Lo dijo Schulten. Los historiadores patrios no se sintieron aludidos y no se han molestado en invitarse a la labor. Y es curioso porque técnicamente la contribución de Schulten no deja de ser sino la exposición de una hipótesis, articulada en precario, con un argumentario teórico y deducciones en abstracto del mapa de los escenarios; pero sin prosa de a pié, sin datos empíricos de apoyo, sin cacheo del terreno. Todo apuntaba a la necesidad de una labor de descripción orográfica, de contraste geográfico, de estudio toponímico, de superposición de la plantilla teórica sobre la epidermis de los terrenos a los que se asocia. ¿Pero con qué técnicas, siguiendo qué metodología, al barrunto de qué teleología?

Esta es la pregunta a la que responde E.M. Puesto que no hay otros medios ni recursos, puesto que no se ha trabajado en ellos ¿no convendría ensayar la tarea de rastreo, escudriñe, peinado, reconocimiento de los territorios que sirvieron de escenario, o supuestamente, ya que ahí están, perdidos y erosionados pero impertérritos, fieles a sí mismos, y preñados de testimonios, calzadas, hoyos-silos, castros aún enhiestos, ríos y arroyos, accidentes naturales cómplices, talladuras en el roquedal, que te hacen un guiño, que te dan de codo al pasar...? Estamos en el género de los fontanales auxiliares, secundarios. El rastreo del terruño, la más primitiva, humilde, rudimentaria y elemental herramienta de las ciencias históricas y experimentales, la más penosa, agobiante, dispersa, y acaso por eso la más ignorada por los entendidos. Escudriñar pie con pie, mata a mata, recodo a recodo, a la búsqueda del dato casual, el indicio al azar, el aleatorio tropiezo, a dos mil años de distancia. Es fácil decir después de que E.M. haya pasado por allí, que, mira, aquí está esta calzada, aquel silo, este divertículo, el cegado de un foso, el lecho de un canal, la cepa de un castillete, la zanja de un campamento, la roca vigía todavía erguida... pero ¿quién lo había visto antes? ¿Quién había advertido en aquella calzada el propósito que le impelía a tomar esa dirección y no otra? ¿Quién había adivinado que aquel trazado estúpido, porque no conducía a ninguna parte, ni servía de paso al pastor ni al leñador ni al hacendero, sí tenía un sentido, estratégico, bélico, sinérgico? ¿A quién se le podía haber ocurrido, sin rascarse la mollera, que Bérvida pudiera estar en la esquina opuesta de la provincia donde se suponía, en

Burón? Del Bierzo a Riaño. De por medio los Montes de León, el Manzanal (1230 m.), Veiga (1560 m.). Desde el primer momento EM creyó que en aquella endiablada y divina geografía norteña estaba escrita la historia, que a despecho del tiempo laminador y aunque devorados por su propia vejez estaban los trazos rotundos y tozudos del alfabeto de la naturaleza y...de las legiones, tal para cual. La naturaleza al habla. Una lectura como la del catón al ojo del infante, clara, contundente, en apariencia invisible, pero puede que al final, diáfana. Curiosamente, el empeño puesto en ello por E.M. y el increíble acumulo de datos y referencias obtenidas han terminado por disparar la credibilidad de esta sistemática, han roto por desbordamiento la condición de fuente subsidiaria a la que se asocia, han impactado al respetable.

Pero tampoco ha sido el único abrevadero. De forma connatural se ha utilizado otro gran filón metodológico, el filológico; la indagación y descifrado de la evolución semántica, fonética y gráfica de topónimos e hidrónimos, exfoliando las diversas capas lingüísticas, sobre todo prerromanas. Dos tomos han sido consagrados exclusivamente a la tarea, complemento indispensable del tema de las batallas: *Los nombres de la conquista, I, II*.

Tampoco desdeña recurrir a otros elementos complementarios como, en su caso, referencias de la tradición oral que guarda en clave tantos secretos, vestigios de inmemoriales referencias locales ¿por qué no?, recuperable a veces, por extraño que parezca, después de tantos siglos en decires populares.

4. Los episodios: sus lecturas.

Corrían los años 26 antes de Cristo y Augusto decidía ponerse en camino para terminar en Hispania con los focos de resistencia que se oponían al absoluto dominio romano del mundo conocido del que era emperador. El empeño suponía seguramente una de las más portentosas operaciones que el poder de Roma había planeado y emprendido nunca. Tanto que parecía un despropósito. Desde que Augusto sale de Roma para poner en ejecución el plan en el 26 a.C. hasta el 19 a.C. en que Agripa sofoca la última sublevación cántabra, pasaron ocho años de campañas sucesivas, pertinaces, implacables, romanas. Se ponían en marcha tres formidables legiones pertrechadas de todo su aparato logístico y militar, la caballería, su relinchar, crujientes carruajes cargados de armamento, vituallas y suministros de mantenimiento, acémilas de carga, aperos y atalajes auxiliares; lauros, enseñas, emblemas “spqr”, águilas y lobs de Roma, mascotas exóticas de las legiones, penachos carmesí en los yelmos, atambores, polvo y pasmo, el paso allanador, contundente, sincopado, de las milicias. A estas legiones había de añadirse la tropa guarnicionada en zonas de destino y conexión, y las situadas en departamentos colindantes como, en este caso, la Aquitania francesa, su flota, llamada en asistencia del cerco del Vindio, cortando en diagonal su estela la mar cántabra. La misma que años antes, al mando de César, había dejado estupefactos a los galaicos; no necesitó más el fénix estratega para ahorrarse una guerra. Hasta siete legiones puede constatarse que intervinieron en la operación: I Augusta, II Augusta, IV Macedonica, V Alaudae, VI Victrix, IX Hispana, X Gemina. Se trataba de encarar y reducir definitivamente los indómitos pueblos cántabros y astures que se habían convertido en un problema crónico y de desafío, cuando ya no quedaban otros, que ponía en entredicho la invencibilidad de Roma e insinuaba quiebras en su omnímodo poder.

Ciento treinta años habían pasado ya desde la reducción de Viriato y Numancia. Ya estaba bien. Las comidillas de mentidero entre la vecindad romana sobre aquellos seres bárbaros se teñían de trágicos tintes de monstruosidad en las costumbres y de paroxismo en la batalla, enfática que disimulaba mal el temor del ciudadano de presentir como un peligro inmediato cualquier fisura de las lejanas fronteras del imperio. Ser vecino de Roma otorgaba el privilegio

y regocijo de sentirse a salvo, permitía sublimar como un idilio la vida en la gran urbe, arte, oratoria, industria, labor, mercado, espectáculos, pero siempre bajo recelo y al albur del vértigo con que se propaga un mal augurio, un desastre bélico. Había que reducir al bárbaro. La “pax” romana era una especie de miedos a distancia, alejados y contenidos por las legiones en los linderos exóticos de Hispania o de Germania. Roma tenía que cerrar por el norte de Hispania la frontera del imperio con la del bravo océano que recortaba la península, pero hasta el momento los pueblos hispanos la habían mantenido a raya y disuadido de hacerlo hasta la casi resignación. Nadie olvidaba que la simple aparición de cántabros en el cerco de Numancia había hecho poner en polvorosa los pies del cónsul Hostilio Mancino. Pero habían pasado los años y el momento se presentaba propicio para el imperio. Habían sucumbido, años atrás, los Vaceos, convecinos y aliados de los cántabros, ante Estatilio Tauro, y estos quedaban en solitario al relevo y al descubierto en su cara a cara con Roma por el norte. Por lo demás Roma gozaba de un particular momento de auge, poderío y celebridad y Augusto necesitaba realizar aquella proeza militar en los momentos en que asumía su imperial mandato para aureolar su figura con la legitimación que solo daban las empresas bélicas, y, de una vez por todas, para romper el maleficio hispano. No quiso ahorrarse medios. Sin duda alguna la desmesura en la operatoria y sus victorias se alimentaban en la huida desesperada de los viejos miedos.

Parece presumible suponer que, una vez en Hispania, partiendo del emplazamiento común de Segisama (Sasamón), en Burgos, el plan de conquista se concibiera como una penetración triple, a través de las entradas naturales hacia el norte que abrían los afluentes del Duero, Pisuerga, Carrión y el Esla. Pero este supuesto diseño se ve comprometido por el desconocimiento de los nombres y situación de los lugares de los enfrentamientos que se nos dan. La primera gran batalla (años 26 a.C.) se libró ante las murallas de Bérvida, según Floro; según Orosio, lo fue ante las murallas de Ática. Vencidos los cántabros en esta primera confrontación, ambos cronistas coinciden en señalar que huyeron y se refugiaron en el monte Vindio. Bérvida, Attica, Vindio, nombres ignotos todos ellos, sin rastro etimológico. La digresión de Orosio de que los cántabros y astures pertenecían a “Gallaecia” (aunque él precisa “de la provincia Gallaecia”) y el hecho de que sitúe la conquista del monte Medulio, cuarta de las batallas libradas, junto al río Miño, son datos que hicieron a Schulten situar la guerra del Medulio en las tierras gallegas del Miño y fijar, en abstracto, en el cercano Bierzo la ubicación de Bérvida. Lo que suponía una occidentalización del escenario bélico y sobre todo una amplia dispersión de ese escenario; también un trastrueque del orden en que los acontecimientos nos son referidos. La batalla de Aradillos, tercera en el orden cronológico (año 27 a.C.), no presenta ningún problema de localización; aún hoy el castro y pueblo de Aradillos conservan su nombre y situación muy cerca de Reinosa, en la cabecera del Ebro. Magnífico bastión de defensa y control de la vertiente norte cántabra en su caída hacia el mar, cayó Aradillos. La primera batalla contra los astures (año 25 a.C.), cuya iniciativa fue de los mismos, tiene lugar en las llanas tierras del bajo Esla, supuestamente entre Valderas y Benavente. Un informal pero formidable ejército de astures descendió sigilosamente por la ruta del río al encuentro de los romanos. Son traicionados por los brigeos y vencidos, aunque no a cualquier precio, en el inesperado recorte con que les sorprende Carisio. Se refugian en Lancia, ciudad perfectamente localizada en las cercanías de León y que cae después, también, ante Carisio. No la quiso arrasar, la mantuvo en pie como trofeo propio. Gallarda admiración, debilidad sentimental. Era imponente.

Por lo tanto la problemática interpretativa de localización se concita fundamentalmente en dos de las batallas, la de Bérvida y la del monte Medulio. La novedad medular de la revisión

que hace E.M. consiste en trasladar el escenario de estas dos batallas de Galicia y El Bierzo, a la zona de los Picos de Europa. Para ello ha de alumbrarse la ciudad misma, Bérvida, que él entiende deducible filológicamente de Valberga – valle del Berga-, cabecera del Esla, en Burón, Riaño. En cuanto a la *Ática* de Orosio, de más difícil descifrado, su parentesco con *Asta*, de Astura, el Esla, -¿*Astica*?-, hace presumir a EM que se trata o bien de un doble nombre de Bérvida, o bien del nombre del aguerrido castro del lado opuesto del río, la peña de la Magdalena. (E.M., *Los nombres de la Conquista* I, 1987). Pero no ha de cifrarse en sólo estos indicios toponímicos, la verosimilitud de la ubicación de la batalla. El ensayo presenta más bien la textura de un jarrón roto en el que las piezas van encajándose entre sí. Al lado de Valberga está el supuesto monte Vindio, en celta blanco, monte blanco, la albura caliza del roquedal pico europeo, la actual Peña Santa (2.596 m.), a donde huyeron para refugiarse los derrotados. Monte que había de ser enorme como se refleja en la hipérbole de los propios poseyentes al alardear de que sería más fácil que alcanzaran el monte las olas del mar a que lo hicieran los romanos (sic. Floro). Enorme montaña, y como de carambola, una perla para la identificación, el mar allende. Esta argumentación, a la contra, es la que resulta difícilmente reversible para los valedores de la Bérvida del Bierzo, supuestamente situada en la zona de Cacabelos, Castro Ventosa, se dice; muy al fondo, a una jornada, de la sierra de Caurel y de Picos, presunto Vindio berciano. Pero tal monte o serranía no es ni próximo, ni grande, ni blanco, ni avista el mar. De la Bérvida de Burón, queda algún rastro, obviamente, porque hubo de ser arrasada tras la derrota. Sobre todo la Peña del Castiello y la terraza fluvial de su asentamiento.

Sigamos. Por debajo de Burón, en Riaño, a la vera del Esla, está Cistierna y junto a ella la Peña Corada, escenario pintiparado para el desarrollo de las guerrillas que describe Dion Casio (102) y a las que se refieren Floro y Orosio como fase inicial de la conquista. Con todo detalle la ha estudiado EM (*La Huella de las Legiones*, 2003). Los caracteres y condiciones naturales de Peña Corada y alrededores para esta guerrilla son factores que no admiten comparación con las circunstancias que presentan las cuencas del Carrión y del Pisuegra, lugares donde se ha buscado situarla. Y los testimonios pródigos. Es un bastión adelantado, idóneo para el acoso, vigilancia, provocación de los contendientes. Inusitada forma de guerrear la que los cántabros desplegaron aplicando las silvestres técnicas del ojeo de la caza, el acoso inesperado por detrás, por encima, por abajo, al albur de un terreno endiablado, impracticable, montaraz; disloque absoluto del sistema articulado, científico, de bélica romana. Las mismas calzadas acusan la mutación, se inventa el divertículo, especie de ramal disyuntivo y agazapado de la calzada. Aquí es donde E.M. ha encontrado tachuelas del calzado de los legionarios y una lápida de la IX Hispana de un soldado romano. Si el curso del Esla se afianza como línea de penetración, al menos en su más alto recorrido, está sirviendo de soporte a la verosimilitud de la Bérvida de Burón y a los Picos de Europa como escenario, y a la calculada separación de Cántabros y Astures por su río fronterizo. Precisamente el desgaste que la guerrilla produjo en las tropas romanas fue lo que llevó a Augusto a ordenar el desembarco de los aquitanos por el norte, arribada que hizo pie en la ensenada de la ría del Saja-Besaya, Santander, y en la costa de Llanes. Hacia el interior, en el próximo azul del horizonte se recortan los Picos de Europa. Nada más desembarcar, las calzadas, como sierpes, comienzan a aparecer enfilando las rampas de la montaña.

Y, finalmente, la batalla del monte Medulio, cuarta confrontación que hay que colocar en una fase ligeramente posterior (22 a.C.). ¿Relacionable con Las Médulas del Bierzo?; médula, acequia, nombre común, las hay por doquier. EM sitúa el evento en la sierra de Peña Sagra, en plena Cantabria ya, pero como prolongación que es del macizo de los Picos de Europa. No está

de más añadir aquí, que estos montes, con su elongación en Peña Labra, vistos desde Reinosa, hacia el oeste, son los que según P. Madoz, se llamaron “medulos” (*Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*; Aradillos 1850). La argumentación en favor de esta ubicación se inserta en la inercia del anterior descarte del escenario gallego y del arrastre que ejerce la nueva escenificación en los Picos de Europa. Pero hay un argumento de verificación experimental incontestable: el foso de quince millas, unos 25 km., que consignan Floro y Orosio, construido en el monte para el asedio, ahí está, en Peña Sagra. Y por añadidura, ahí están las calzadas, “lanzadas al asalto desde todos los ángulos de observación” (EM.) ¿Pero qué hacemos con el gallego río Miño, Minius, referente al que asocia Orosio la ubicación del Medulio? Como voz procede de un radical indoeuropeo que ha dado nombre a multitud de ríos en el continente. En España, además del Miño, son multitud los ríos pequeños que llevaron este nombre, entre ellos el mismo río Deva que flanquea Peña Sagra. Y el mismo arroyo que origina el Deva se llama “Re-moño” (¿raíces de rivus y mínio?). Posidonio señala que el río Minion discurre por el país de los cántabros. Estrabón, que le sigue, lo traslada a Galicia. Orosio que era de Braga, lo remacha. Ser de Braga puede influir en los dos sentidos, porque lo sabe o porque le gusta. O, mejor, porque habla de la provincia romana.

5. Apódosis.

* Las dificultades reales de interpretación de los textos introducen sin duda un punto de reserva a la hora de evaluar o dar por buena la aparición de una nueva revisión y replanteamiento de la problemática. La contención, la reserva, y, como es obvio, la duda y la discrepancia, son componentes connaturales de la actitud científica. Nada nunca es definitivo y siempre todo es revisable. Lo absoluto es un término ajeno al despliegue científico. El éxito siempre es relativo pero es un paso más, por eso mismo, en su relatividad, es un éxito. Esa relatividad marca el contrapunto crítico, la existencia de discrepancia. De modo que una nueva teoría, no por criticable deja de ser una aportación positiva, y no solo, aunque lo sea y por el hecho de serlo, sigue siendo una aportación celebrable. En tal sentido nada se opone a dar por revisable la teoría de E.M., pero hoy por hoy está ahí franca, seria, consistente, y... sola. Porque lo curioso es que, tras su aparición, no se ha producido un movimiento serio de respuesta crítica, digamos, a su nivel; ha caído dentro de un silencio científico más bien general. En algún momento el mismo E.M. llega a lanzar un amigable reto a la discrepancia, ofreciéndole la oportunidad de una interlocución. Es un caso atípico que no hace fácil aventurarse en el comentario y que más bien disuade en algo de animarse en su celebración.

* El envite de E.M. ha significado el despertar de un afán y un empeño en pro de la recuperación y reviviscencia de aquellos acontecimientos como historia real, veraz, presente, viva, emotiva. No estamos diciendo que antes no fueran parte de ella, que no los supiéramos, pero sí que se nos habían quedado adormecidos en una historia con reservas, en parte incrédula, timorata, inconsistente, desdibujada en su género, rayando nebulosos contornos de leyenda. Hasta aquí de acuerdo. Pero ¿cómo avanzar? ¿Cómo asentar nuestras pisadas en contrafuertes sólidos, como afianzar, validar el sentido de la partida en la buena dirección? La parquedad, simplicidad de los datos de las fuentes, sus aparentes contradicciones, sus nombres ignotos, su incontrolable, difusa, geografía –probables elementos de disuasión entre los historiadores–, es la difícil posición de base. Que se presenta también como una disyuntiva. Si te atienes a los topónimos transmitidos -Galicia, el Miño- se desparrama hasta la inverosimilitud la unidad, el armazón del conjunto; si no, si te propones redefinir el suelo probable en el espejo que la realidad física en su actualidad ofrece, tienes la impresión de que ficcionas la epopeya, la recreas. Pero

ésta es, como hemos visto, la alternativa que asume E.M. Conscientemente, como un desafío, como un reto. “La opción se decanta por salvar el todo aun a costa del detalle...” (171), aunque añade, pero agotando esfuerzos por salvar el detalle. Es claro que para él hacer ciencia es arriesgar. Y además, la otra suerte ya está echada. El recorrido por aquel paisaje galaico se nos aparece inexpresivo, indefinido, yerto, yermo, como el de un cadáver. Es sólo una metáfora, de acuerdo; son hechos muy del pasado y están muy muertos, pero ayuda a entender. ¿Si el imaginario épico que desprenden las fuentes pudiera reflejarse mejor en otro escenario, en otra anatomía natural, sin merma de fiabilidad? ¿Y si lo fuera con mayor verosimilitud? El contraste de los episodios en el negativo de los Picos de Europa sorprende porque al aproximarlos se acoplan, se aparean, se encajan, como el vaciado en el molde, y el relato, de otro modo insomne, exánime, se despierta, toma cuerpo y late. Todo eso no es ninguna prueba claro, solo es un aura de sensaciones de quien lo observa. Pero es que también hay pruebas y un sin fin de indicios. La fundamental, sin duda, la toponimia, el propio método de rastreo pedestre aplicado, ignorado antes, y tan pródigo en resultados ahora. EM ha cifrado en él la garantía de la apuesta, el aval de su quehacer, la nobleza de su intención. Los resultados tienen el valor de prueba nueva, virgen, inédita, pero no por inexistente antes, sino por descubierta, por inhumada. Es decir, además de una evidencia, son un fósil. Una de las sorpresas de este sistema de indagación es comprobar hasta dónde nos puede llevar, qué impensados hallazgos nos puede dispensar, tanto, que a la postre, se revela como fuente de la que ya no se puede prescindir, entre otras cosas porque se asocia en sus efectos a los hechos tan simbióticamente que se constituye en parte de los mismos. ¿Cómo puede ignorarse el paso por allí del legionario cuando tal calzada o el tajo que abre sitio en pura roca, no tienen ningún otro sentido?

* La verdad, sabida pero no del todo asumida, es que el territorio, el terreno real donde se consumaron los hechos, está aquí, y es en su actualidad un testigo directo en la medida en que enlaza temporalmente el ayer y el hoy en una mismidad. Cuando lo recorremos es seguro que estamos donde estuvieron, pasamos por donde pasaron, tropezamos con lo que tropezaron. Y eso es una cara de la verdad incuestionable. Los Picos de Europa, el Miño, están ahí como estaban cuando pasaron las legiones, cuando se miraron sobrecogidos; nuestra retina se impresiona con el mismo fotograma. Es como un espejo, lo dijimos ya. El espejo no miente, reproduce lo que ve. Superponer sobre él el diseño brumoso, indeterminado, proceloso, de lo que nos cuentan las fuentes, tiene que dejar cuando menos unos resultados, exorciza la deformidad y corrige la deformación. Hay acomodaciones mejores y peores que la superposición detecta. La distancia que hay entre la contextura física de un escenario innominado y un acontecimiento pretendidamente acaecido es solo de acomodación, de congruencia; si todo encaja..... La grandeza, la blancura, la cercanía del Vindio, la mar no lejos, el foso, las calzadas, la correcta circunscripción de los linderos territoriales de las gentilidades cántabra o astur. Armamos el puzzle. Pero otro factor, aún, de la realidad actual nos permite acrecer las posibilidades de acercamiento y discernimiento de los relatos, el actual conocimiento que hoy tenemos de la geografía. Es lo que E.M. llama “compensación” (88. E.M.) Como se amplía el espectro en la lupa, lo que en los textos latinos es referido y descrito en escuetas, sintéticas y quintaesenciadas referencias, es expandible sin merma de fiabilidad hoy al saber más de los contornos, accidentes del terreno, medidas de las distancias, de las alturas, dificultades de los trayectos. Todo puede ser elucidado con mayor justeza por “compensación”. Los textos no nos lo dicen pero entre el Bierzo y Riaño están los Montes de León con alturas de 1200 y 1500 metros. Más allá, de estas aproximaciones, la comunicación se corta. Estaría bien que dispusiéramos de la voz, la voz común, los nombres de

lugares, puente de relación a través del tiempo entre la realidad física y su identificación. Pero no los tenemos. Vindio, Medulio, Áttica ¿quiénes sois?

* Las cuevas de Altamira se han descubierto por una casual circunstancia, la aguja en un pajar también. Así ha sucedido en lo relativo a descubrimientos en no pocos casos. De modo que la posibilidad del hallazgo está perdida en la naturaleza, pero ahí está, se puede encontrar, solo que es un encuentro aleatorio. EM ha visto en esta eventualidad, para el buscador, una llamada insinuadora, una suerte a tentar. ¿Por qué no forzar la suerte? El mismo lo dice: metodológicamente se ha de “ser tanto más audaz cuanto menos nos asiste la fortuna” (87. E.M.) No pocas de las novedosas alternativas a las que llega tienen la marca del desafío al azar, tentación al destino, profanación del miedo natural, impostura ante el misterio tejido en la infinitud de veinte siglos. Un prosaico pero hechizado quehacer, una poética de la rutina. La suerte en la vida se dice, es imprevisible, pero hay que buscarla. Así lo han hecho los descubridores, Cajal, los Curie, Einstein, poniendo cerco al objetivo, persiguiéndole, acosándole, permaneciendo al acecho, ... puede que salte la chispa. Y esta astucia, esta estrategia, como forma de proceder está inscrita también en la sistemática del trabajo intelectual y técnico, de modo que lo sorpresivo deviene concurrente, se le cita, se le espera, se le atrapa y el discurso se preña de invención, creatividad, E.M. lo ha entendido así. Solo hay que poner las condiciones, constancia, persistencia, impertinencia, y él las ha puesto. Ha de añadirse, ¿por qué nos lo habíamos de callar?, competencia, saber. Su trabajo termina por imponer, y acaso por intimidar, acaso por maniatar. Este era el propósito, engañar los caprichos de la veleidosa parca, a base de perseverancia y de tesón, hasta poner en solfa y seducir la musa heurística de la ciencia.

6. Final y Principio

Amén de lo dicho, el trabajo de EM trae consigo dos consecuencias: La del alta científica de la historicidad de estos hechos próceres de nuestra historia, pasado el test de calificación, al resultar sometidos a un notable ejercicio de verificación, crítica histórica, analítica conceptual y semántica, ponderación de verosimilitud; y el de la desmitificación. Me refiero a la devolución de aquellos episodios a su realidad contingente, a su real significado, a sus concretas medidas, a su desenfadada verdad, a su pendenciera cotidianeidad, a su merecedora admiración. Recuperarlos conlleva esta desacralización, esta naturalización. Son hechos mayores, laicos, adultos de la ciencia, desnaivizados, desbrozados de las brumas del pasado. Pero siguen teniendo lo que no tienen otros, el halo de lo prístino, lo épico, lo genetal, lo radical, la “nuestridad”. Hay que saludarlo.

Aquí es donde debemos aterrizar. En la adición de esta herencia, preciada, común, de esta verdad ibérica. En la recuperación, acaso perdida, de la magnitud histórica que representan estos episodios, situables entre los aconteceres internacionales más reseñables de aquella antigüedad, por la grandeza de los sucesos, sus actores, su número, su operatoria, los valores en liza, la heroicidad derrochada, los inconmensurables costes en medios y en vidas, sus consecuencias seculares. Dejan en la cartografía difusa de aquellos tiempos la primera visualización de una unidad política peninsular y cierran una redefinición continental que permitió la aceleración de la historia desde el Mediterráneo.

Todos los cercos, los asedios, terminaban con la inmólación de los perseguidos cuando no tenían ya posibilidad alguna de seguir luchando. Antes que entregarse y ser sometidos a la esclavitud del extraño los sobrevivientes terminaban con su vida, arrojándose a las hogueras, ejecutándose entre sí, envenenándose con la bilis del tejo. En lo material no les importaba nada, entregaban su vida en la lucha, pero una vez vencidos no estaban dispuestos a conservarla al

precio de su dignidad, su sumisión. La pérdida de sus familias, sus bienes, el desalojo de sus serranías, pero sobre todo la proscripción personal, la esclavitud que les esperaba era lo que por encima de todo llevaba a estos hombres al acto radical de inmolaición. Como los saguntinos, como los numantinos. Eso pone en cuestión el concepto de victoria y el concepto de derrota, aunque no el de historia. La razón última está del lado del cántabro, del astur, del íbero, porque más allá de la civilización está la libertad, y puesto que, en definitiva, la finalidad de aquella es alumbrarla, sostenerla, y no lo inverso, aniquilarla. Pasamos de la verdad física a la metafísica. La historia es solo un modo de ocurrir las cosas.

(NB: La edición del libro que se ha tomado como referencia y a efectos de las citas, es la segunda, publicada en 2002. Hoy va por la cuarta)